

Estas palabras amargas y verídicas hicieron el mejor efecto sobre los dos enamorados. Francisco expresó así su pensamiento:

—Nosotros te adoptamos hoy, Marcos. En la buena como en la mala fortuna, tu suerte será la nuestra. Te lo juro...



## CAPÍTULO SEGUNDO

### Los placeres de la espera

SENTADA ante una pequeña mesa, y con la última carta de Francisco en la mano, María lloraba sin disimulo su pena. Sus lágrimas caían apresuradas y tibias sobre aquel adiós, de una sequedad calculada. Delante de ella Ignacio Salientés, de pie, lleno de compasión, contenía con dificultad los deseos que sentía de poner sobre su corazón aquella cara húmeda y compungida, cuyos músculos temblaban por pequeñas sacudidas rápidas. María no era de esas mugeres á quienes afea el dolor. Predestinada á él, tenía la figura adecuada, movida y clásica. Su frente un poco saliente, sus ojos sombríos, bajo unos cabellos casi rubios, su nariz derecha y su boca de una línea admirable, tenían un encanto extraño.

La habitación era clara y sencilla. Hacía quince días que Francisco había marchado y María había tenido tiempo de organizar en la calle de Borgoña,

siguiendo los consejos de Salientés, en su antiguo cuarto de soltera, una instalación sin aparato. Los brillantes rayos del sol de Junio caían sobre un retrato del ausente. Ignacio furioso contra su amigo y contra sí mismo, descubría en aquella imagen de Francisco los rasgos de villanía y de flaqueza que hasta entonces se habían escapado á su observación.

—¡Ah, V. ha tenido razón, mi buen Ignacio, en hacerme mudar de casa! Hubiera muerto de pena en la nuestra. ¡Es tan grande... y está tan llena de recuerdos! Ahora está cerrada y no la abriré hasta que él venga. Porque volverá, estoy segura... Es bueno... cuando no está loco... Conocerá pronto á la horrible muger por quien me ha abandonado, la infamia que han cometido... A ese Darnot le odio por instinto... Pero escuche V. esta frase de la carta: «No tengo nada que reprocharte. Has sido siempre indulgente y sincera»... ¡Dios mío, Dios mío!...

—¡Vaya, no se entregue V. á la desolación!... Tenga paciencia,—dijo el pintor con una expresión que podía traducirse así: «Aquí estoy yo que la amo á V.»

—¡Paciencia! Sin V. yo no hubiera tenido mucha ni poca.—Y tendió la mano á su amigo, su mano larga y delicada—¿Está V. seguro de que él no me creía de nadie... secretamente? ¡Es tan callado, tan misterioso!...

Esta era la vigésima vez, desde la marcha de Francisco, que su muger hacía tal pregunta á Ignacio, y éste pensaba en Saverne, de cuya influencia flotante en torno de María observaba seguros indicios. Ella insistió:

—¿En su última conversación, durante el baile, no hizo alusión á nada que pudiese ponernos sobre una pista cualquiera?

Su inquietud era visible. El recordaba las palabras de Francisco, pero enigmáticas y dudosas como eran, hubieran agravado inutilmente la confusión de María. Así que solamente respondió moviendo la cabeza:

—El me advirtió simplemente lo que proyectaba, una hora antes de realizarlo, para que me encontrara allí, cerca de V., en aquel mal momento...

—Sabía que V. sólo podía impedir una desgracia... ¡Ah, aquella noche... aquel amanecer en que yo le busqué vanamente en el jardín, con tanta atención, pero sin ninguna esperanza, cerca de la pequeña puerta abierta... aquella calle fría... aquel ruido de coches que yo quise escuchar hasta que la fatiga...!

No lloraba ya, los ojos fijos, aterrorizada por la visión... El pintor recordaba todos los detalles de este fin de baile, la confusión de los invitados, la crisis nerviosa de Laura, la más aparatosa aún de Sofía Verneuil, á quien Ursneur, anonadado por semejante catástrofe, había llevado á su casa. Y bajo la impresión de estos lastimosos sucesos Ignacio espiaba, observaba sus propios remordimientos, más ó menos vivos, según que la desesperación de aquella á quien amaba le pareciera más ó menos ardiente. Por que esa desesperación de María oscilaba como una llama de fuego. La razón verdadera de esas alternativas, era lo que escapaba á la observación del pintor. Si suponía en aquella muger un cariño injustificado por Saverne, estaba lejos de

conjeturar la cruel, la inverosímil verdad. Ella continuó:

—Si no hubiera estado allí V., testigo de toda nuestra vida, nuestro hermano, yo no sé lo que hubiera ocurrido. Pero en mi mayor angustia le veía á V. presente, y no me encontraba sola...

Timidamente, el corazón lleno de gratitud, no osando acercarse á ella, recto y cándido, Ignacio murmuró:

—¿Y su madre de V.?...

—Mamá no sirve para nada en las circunstancias graves. No puede hacer más que gritar y lamentarse, y sus ruidos me irritan sobre todas las cosas. La veo lo menos posible, huyo de ella. Durante las comidas apenas nos hablamos. Triste es decirlo, pero la desgracia la agrada. La gusta que la consuelen, que la compadezcan. Ursneur y sus empleados del «Nuevo Paris» vienen aquí por ella todos los días. Yo no recibo á nadie...

—¿A nadie?—repitió el pintor acentuando esta pregunta que le pareció adorable y que hizo enrojecer á María, obligándola á cambiar de conversación.

—Este estado de incertidumbre—dijo—no puede durar. Me he dado un plazo de quince días. Si pasado, no tengo noticias, pediré á V. que vaya á España, puesto que es allí donde están. Deseo saber de labios de Francisco mismo, por la mediación directa de V., que no quiere verme más...

—Iré—contestó simplemente Ignacio, á quien fué dulce pensar que así desearía su culpable flaqueza, y que olvidado su amor haría los imposibles por separar á los dos amantes y volver á Francisco á donde su muger. Luego viendo á la joven deseosa de solicitud se permitió añadir:

—¿Cuándo irá V. á mi estudio, calle de Lepic, para realizar por fin su promesa?

—¿Qué promesa?

—¿Pero nó me había ofrecido V. concederme algunos ratos? Yo le juro que su retrato será mi obra maestra. ¡Está V. tan bella estos días!

Cuando estaba alterado el pintor recobraba su acentuación española, y la sintaxis francesa le estorbaba. Su amiga se sonrió tristemente y dijo:

—Esperemos un poco. Tengo demasiada pena. No deseo perpetuar estos momentos de mi rostro...

—Al contrario, lo ocurrido ha hecho florecer su alma de V. Se ven sus sentimientos como las plantas acuáticas en el río.

Después, confuso de su propio lirismo, buscó precipitadamente su sombrero blando, que había dejado olvidado sobre un sillón, y desapareció.

María entonces llamó á su camarera y la pidió con urgencia el sombrero y el boa de pluma, y en tanto que se los traía, guardó la carta de Francisco, ordenó un poco su mesa, y escribió á su madre estos dos renglones:

«No volveré esta tarde, tal vez, si como fuera».

Luego abrió su caja de polvos, y su cara cambió muy pronto de expresión.

Media hora más tarde llamaba á la puerta del hotel en que vivía Saverne, en lo alto de la Avenida de Villiers. Tuvo que aguardar unos instantes á que abrieran y su impaciencia era grande. Por fin su amante bajó á abrirla él mismo diciéndola:

—He mandado retirarse á mis criados para que estemos más tranquilos. Ven, subamos á mi taller.

Este era inmenso, ocupaba dos pisos. Había habitaciones con sus lechos de descanso, un gabinete-

te tocador, fumador hecho sobre el *hall* central y sobre un patio morisco adornado con profusión de colgaduras, biombos y mamparas. Inventor y grabador de las elegancias francesas, inglesas y norteamericanas, á Enrique Saverne le gustaban la belleza y el *confort*, y variaba la decoración de su estudio según quienes fueran los clientes que lo visitaban y su nacionalidad. Ideaba vestidos y adornos femeniles mejor que el modisto más en boga, y con una gracia y una vivacidad insuperables, tomadas de los pequeños maestros del siglo XVIII, sabía hacer resaltar toda la languidez de la muger moderna. Estaba de moda. Sus ventas y exposiciones en Londres, New-York y París le producían beneficios considerables. En su calidad de neurasténico y de niño mimado de las damas, tenía caprichos, antojos, «cosas»; se negaba á concluir un retrato comenzado, se creaba conflictos de que salía bien gracias á su «zorrería» y á su habilidad en coleccionar papeles y cartas comprometedoras.

De tiempo en tiempo, cansado de gloria, fatigado por sus éxitos amorosos, se marchaba flaco y febril, como un tísico, para Argelia ó Túnez, volviendo luego con algunas telas pintadas, obras de un orden inferior, pero que él prefería, naturalmente, á sus dibujos á lápiz y á sus aguas fuertes. Su extraordinaria fatuidad no tenía igual más que en su impertinencia. En fin, no sabía guardar un secreto, y contaba sus buenas fortunas á quien quería oírle, incluso á su portero, si le faltaba otro auditorio. Además era cobarde y se deshacía en excusas en cuanto sus víctimas hablaban de tirarle de las orejas, de sus grandes orejas exajeradamente separadas del cráneo.

—¿No has tenido sesión hoy? — le preguntó Ma-

ría, considerando con aire distraído las siluetas de mugeres tendidas, inclinadas, retrasadas, soñando y fumando y tocando el clavicordio, todas aquellas figuras que ella conocía ya.

—Mandé á fuera á todo el mundo. Te aguardaba á tí—dijo Saverne ceremonioso. Estaba vestido «sobriamente», con una distinción superior. Su chaqueta marrón, su pantalón claro, sus botines de tela cruda, que él volvía á poner de moda... todo, hasta su corbata de un amarillo de paja y sus chinelas brillantes, descubrían al elegante y al «conquistador».

María arrojándose á su cuello acariciaba con adoración aquella cabeza larga y delgada, que terminaba en una barba negra, de diablo de ópera. No podía saciarse de contemplar aquellos ojos pèrfidos é inquietos que esquivaban siempre su mirada.

El la hacía preguntas sin estrecharla, sin abrazarla, de una manera irónica que tenía para estos casos.

—¿Ha terminado ya esa terrible pena conyugal?... ¿No amas á nadie más que á mí?

Entonces ella recobrando en parte su energía, con aspecto de enfadada dijo:

—Te conjuro, Enrique, á no hablarme más de esas cosas. Te amo, y me he dado á tí completamente... Pero es natural que piense en él, que ha sido mi marido durante dos años, y que yo sienta pena por su marcha.

—¿Cómo explicas tú entonces que al día siguiente de ese suceso tan... cruel?...

—Viniera yo á tu casa y me entregara á tí así, bruscamente?... Pues bien; si él se hubiera estado junto á mí, yo hubiera sido tu querida de igual

modo, es cierto, pero tú no me hubieras tenido hasta dentro de mucho tiempo...

—Permíteme que me felicite...

—No seas gracioso... Yo debo estar loca... Pero mi dolor es verdad, lo siento áspero, violento, como el despecho de que tú te has aprovechado... Después de aquella cena, después de aquel cambio mudo de nuestros pensamientos, yo era tuya... no podía resistirme más. Por eso es preciso que me guardes, porque no tengo á nadie más que á tí en el mundo.

—¡Diantre!—exclamó Saverne exagerando su extrañeza sincera—¡Mira que yo soy poco inclinado al matrimonio!

—¿Quién habla de eso?—preguntó María, por cuyos ojos cruzó una llama que avivó sus miradas y coloreó sus mejillas.—Soy la señora de Francisco Aubryet.

—Tanto mejor—murmuró Saverne, y luego añadió alegremente:—Trabajemos. En este retrato no avanzamos. Es nuestra excusa para tus visitas... ¿No has encontrado á nadie ahora al venir?

—A nadie... Pero yo tengo deseos de descansar... ¿De quién son estos guantes, de Mariana?...

La amistad del artista y Mariana Froncín era el suplicio de María. Pensaba en ella sin cesar y no podía dejar de hablar de ella.

—Son de la señora de *Sainte-Avanie*. A todas esas doctoras y gruesas blasonadas que vienen aquí á encargarse un retrato, un esbozo, las llamo con ese nombre genérico: la señora de *Sainte-Avanie*.

¿Y á Mariana?

—Eso ha concluído, supongo, pues yo no la veo—contestó Saverne con una risa desagradable; y añadió:—¡oh, la celosa, y sin razón!...

—Yo preferiría que declarases sin rodeos: «Quiero también á Mariana»... como yo te confieso que sufro horriblemente con la huida de Francisco... Pero si me engañas...

—Vamos, pequeña, nada de escenas. Siéntate allí y bebe un vaso de Oporto ó una taza de té. Y sé juiciosa.

La trataba como á una modelo. Esta era su manera. Estaba estragado, hastiado de esas aventuras, y por demás contemplado por sí mismo. La confesó en la intimidad:

—No puedo sufrir tanta demanda.

María entretenía su perversidad de enfermo, porque ella también era una desgraciada que llegaba con los párpados enrojecidos de llorar, y por que había un drama en torno de ella. Pero no quería, sin embargo, renunciar á Mariana Froncín, á quien se había acostumbrado y que le satisfacía por su vicio' burgués y sus aventuras reservadas.

Cogió la tela, los lápices, instaló su caballete como hombre decidido á ejercer su oficio, y entabló con María este interrogatorio:

—¿Té ha escrito?

—No.

—¿Y al español? (siempre llamaba así á Ignacio).

—Tampoco.

—Es un tipo gracioso. Yo veía bien durante aquella comida que asediaba á Juana de firme, pero no hubiera creído nunca... En fin...

En este momento un golpe de campanilla resonó en el vasto taller. María se puso pálida y preguntó:

—¿Quién es... ella no, verdad?

—No, querida. Estate, no abro. Cuando estoy trabajando no abro nunca. Sin duda es el mozo de la pastelería que traerá el pastel para esta noche.

—¿Recibes visitas?

—Dos ó tres amigos con sus mugeres... ¿Té apena esto?

—Si, porque había procurado estar libre para comer contigo.

—¿Y eso pensabas? ¿Bajo una amenaza de divorcio? Eres muy imprudente. ¿Y si tu marido ha encargado que te espíen?

—No es probable, y me río de eso. Yo quiero amarte, no amar más que á tí, y desligarme de ese pasado que me abrumba.

—¿De modo que yo soy el remplazo?...

María se levantó y corrió hacia él y le cogió entre sus manos la perfumada cabeza.

—No soy mala -le dijo—Ten piedad de mí— ¡Sufro tanto!... ¡Ah, ya sé que mi amor es miserable, nacido entre lágrimas y esperanzas, pero tal como es acéptale; apágame la sed que tengo de confianzas y de ternuras!

Desemparada, combatida por el destino, era como gustaba más á Saverne, que la llevó tras sí hacia un diván, y se puso cariñosamente á sus pies.

—¿Soy yo tu esclavo, si ó no?... ¿Qué otra cosa es esto?...

Pero María ya no pensaba en él, dominada por el recuerdo del otro, y su mano jugaba maquinalmente con la mano huesosa de aquel embeleco, como con un objeto inanimado. Parecióla escuchar la voz de su marido, y durante algunos instantes su espíritu estuvo muy lejos de allí. Cuando volvió á la realidad no comprendía porqué se hallaba en aquel sitio, con aquel extraño echado á sus pies.

—Estoy loca—pensó—no hay nadie más que Ignacio que me calme, y sólo cerca de él estoy segura.

Luego se levantó como una sonámbula, pero Saverne la obligó casi brutalmente á sentarse de nuevo.

—¡Ah, no, eso es demasiado fuerte!—exclamó el artista—vienes, te irritas, te lisonjeas, pues acabas de soñar, y después quieres huir... No, no será así...

Y trató de echarla á la fuerza sobre el diván. Ella resistía, y como era la más débil, no teniendo otra defensa, le mordió cruelmente en una muñeca. Saverne la soltó instantáneamente y dió un grito. Luego la miró con una expresión tan feroz, que María se quedó estupefacta.

—¡Levanta el campo, hija, y que yo no te vea más!... Si no eres una enferma, eres la peor de las coquetas. Toma, ahí tienes tu sombrero, tu boa... Y si no sales pronto, soy yo quien se vá!...

Entonces ella se dejó caer en sus brazos, estendidos para indicar la salida, é imploró su perdón con un ardor tan verdadero y tan sensual, que durante largo rato la duró el temblor que la agitara. Al salir de la casa tuvo el disgusto de encontrarse con Pedro Froncín, que hizo como que no la conocía, pero que la vió perfectamente y se dijo: «¡Anda, anda, como vá á divertir esto á Mariana!»

Cuando María entró en su casa de la calle de Borgoña, saciada de besos y llena de escrúpulos, encontró á su madre desgñada y llorosa entre un círculo de gentes de caras severas que procuraban consolarla. Aunque encorvado, Victoriano Ursneur los dominaba á todos por su talla, y en cuanto entró María la dijo en voz baja y ahuecada.

—¿Quieres concederme un momento de conversación?

—Ciertamente, Ursneur... en el salón pequeño.

Cuando estuvieron solos el viejo la cogió las manos, en las que ella sintió los temblorosos dedos de aquel hombre, figurándose la que trataban de arrastrarla hacia la tumba.

—Tú causas grandes penas á tu mamá.

—¡Yo... y con qué, Dios mío?

—Tú no la abres tu corazón... No estás nunca con ella... La dejas inquietarse y desesperarse.

A pesar de las tristes circunstancias, María no pudo dejar de reírse.

—Pero los papeles están invertidos, mi buen Ursneur, y en todo caso soy yo quien debiera estar inquieta y desesperada.

—Tú eres joven... tú tienes porvenir. Tu madre pierde á la vez á su yerno y á su hija adoptiva...

—Juana no era su hija, puesto que tiene todavía padre y madre. Es inaudita vuestra afición á las falsedades novelescas. Vosotros...

Iba á decir «vosotros los viejos», en su irritación creciente, pero se contuvo. Ursneur añadió:

—Yo estoy encargado de una pequeña comisión: ¿no estarías tu dispuesta á hacer un viaje con tu mamá? Acabamos de hacer nuestras cuentas trimestrales. Su presencia no es indispensable en el «Nuevo París». Podríais visitar Alemania, Austria, el Tirol...

—Escucha Ursneur: esto no es cuestión de viajes. Yo no quiero salir de París en compañía de esta Casandra. Mamá, á quien por otra parte quiero mucho, me es odiosa en este momento, porque la veo saborear demasiado su drama de familia... si... si... la conozco mejor que tú... Se entrega á su

drama, se sacía de él. Para todo su personal representa, no sin talento, el papel de madre dolorosa. Se procura distraerla con flores, con visitas, con niños, y ella aspira los aromas de los ramos, harta á los pequeños de bombones, y suspira hasta partir el corazón... Yo la dejo con su manía, y esto es ya bastante por mi parte. Pero seguirla á ella... ¡Ah, no, no, no, eso no!...

Y renegando de aquella incorregible humanidad, subió á apaciguarse en su habitación.

No se equivocaba creyendo á su madre dominada por una especie de embriaguez de tragedia. Laura hubiera querido ser á la vez la abandonada, el fugitivo, la fugitiva, la confidente y la inconsolable. Ambicionaba todos estos aspectos que proporcionan á los protagonistas un parecido éxito. Después de una noche excelente, desde el amanecer revestía su cara de una máscara de insomnio y de angustia. En las comidas no probaba bocado y miraba su plato limpio con ojos atontados, negándose con disgusto á servirse cosa alguna; pero luego, apenas abandonaba la mesa, tomaba entre dos puertas una taza enorme de chocolate ó de café con leche con algunos bizcochos. Se encerraba en su tocador á leer, á escribir, con pretexto de pasar allí sus melancolías y se frotaba de tal modo los párpados, que milagrosamente no los hacía sangrar.

Las visitas de sus fieles empleados eran un bálsamo para su aflicción, y durante ellas, le gustaban los largos silencios interrumpidos de tiempo en tiempo por un «¡Oh, esto es horrible, esto es espantoso!» murmurado sordamente. Abrazaba á las madres compasivas diciéndolas:

—Ustedes me comprenden, ¿no es verdad?

Confiaba sus manos aristocráticas á aquellas otras plebeyas... Pero en seguida ¡qué pastas de almendras para reponerse de estas rudas emociones!...

A sus socorridos les aumentó todas las raciones, y les dió doble vino y más postres en honor del fatal suceso.

—No deben participar nuestros huérfanos de la desgracia de su protectora—decía.

Cuando Ursneur conoció este último «rasgo» estuvo á punto de desmayarse de enternecimiento, ¡él, el héroe de tantas barricadas!

Ante estos sentimientos tan extremados y tan visibles, María se retraía. Herida en su sinceridad, en su pudor, demostraba por contraste sequedad é indiferencia. Se esforzaba en comer con apetito, en aparentar serenidad, en no sollozar una sola vez. Pero eso no era para su madre más que un nuevo motivo de desolación. Sus reticencias y el aumento de sus lágrimas significaban: «¡Y mi hija, que tiene tan duro el corazón!... ¿Nó es esto el colmo de lo abominable?»

Cuando su angustia la oprimía demasiado, cuando deseaba otra decoración, la comediante hacía enganchar sus caballos y partía en su coche, en donde tenía á la mano todo lo que necesitaba para destruir y rehacer su careta: lápiz rojo y azul, polvos, y un peine para desgrefñarse. A fuerza de contemplarse en su espejo y de imaginar la piedad de los demás, llegaba á emocionarse realmente, á llorar por todo de verdad. Sus amigas la veían pasar por la calle de la Paz, por los boulevares, de aquella manera, con el pañuelo en los ojos y se decían: «¡Esta pobre Laura!»...

Visitaba los indigentes que la recomendaban sus inspectores. Paseaba por las boardillas y al rededor de los enfermos y de las paridas pobres, una caridad acompañada de las mayores torturas morales, sólo sostenida por un gran altruismo. Tenía para las recién-paridas una improvisada sonrisa amarga, que condescendía con la alegría ambiente, sin participar de ella abiertamente.

—Nosotros los ricos, madre Francisca, también tenemos nuestras pruebas.

Buscaba actitudes de cromo, que la encantaban, y cuando una de ellas le parecía más particularmente acertada, iba á ensayarla con Ursneur.

El viejo habitaba en la calle de Provenza, en un piso bajo abarrotado de bronces (tenía la manía de las reproducciones) y de recuerdos revolucionarios. Al lado de unas chinelas de Blanquí y de un pañuelo de Barbés, había una fuente afligida, que manaba un chorro tardo de chocolate. El último chaleco rojo de Garibaldi, estaba vecino á «La Lectura», que, derecha y atenta, sostenía una jóven de veinte kilos de peso. El consorcio de todos estos objetos, no era una tarea fácil. Ursneur, que sólo tenía una criada, se distraía allí de los apuros que le producía el proyecto de la ciudad modelo del porvenir.

En este departamento pacífico y enmohecido entraba Laura como un torbellino, inflada de suspiros contenidos. Esperaba á que su antiguo amigo la cogiera entre sus enormes brazos para dejar correr las lágrimas, que le humedecían sus blancos cabellos é inundaban su redingote de tela como para uniforme militar, con gruesos botones y ancho cuello. Las arrugas de Ursneur y su carne flo-



ja, danzaban al instante como gelatina en la cual se metiera una cuchara, y «La Intempestiva» en este abrazo tomaba un baño de desesperación. Calmada en seguida se explicaba... Pero sus palabras la llevaban inmediatamente, por el sesgo que tomaban, al recuerdo de su esposo querido. ¡Cuánto hubieran desolado aquellas trágicas circunstancias sus últimos años, si no hubiera tenido la precaución de morir antes.

Esta agonía y este diluvio remojaban á Ursneur como una lluvia de otoño. Laura se prestaba á ser consolada por él de tal suerte, que después ya no necesitaba su pañuelo. En torno, las victorias de bronce blandían sus lanzas y sus machetes, y los alsacianos y loreneses se indignaban; la pesada multitud de efigies hacía un cortejo de llorones ó de dioses borrachos á la invariable escena maternal.

Cansada al fin de conversación inútil y de vanos suspiros, la víctima de la injusticia del destino se levantaba precipitadamente, y marchaba como había venido, en un ciclón de seda y de plumas.

Después de una parada en la pastelería, donde la infortunada reponía sus fuerzas, continuaba la dura peregrinación.

María que la conocía, y que preveía su visita de perdón y de reconciliación, la había suplicado que no fuera á casa de Sofía Verneuil. Pero esta visita era demasiado tentadora para que «La Intempestiva» renunciara á ella. Escogió un día lluvioso y tibio del verano, en que el pavimento estuviera como grasiento, porque en esos días el alma parece carecer de resistencia. Necesitó subir cinco pisos, hasta lo alto de la casa, boulevard de Clichy, y no la desagradó llegar sin aliento, ahogada.

Tiró de un cordón de lana escondido detrás de una cortina medio desclavada, y sonó una campanilla melancólica allá adentro; una criada pringosa vino á abrir.

—¿La señora está?

Pregunta supérflua, porque ya se oía desde la puerta la marcha de *Tanhauser*. Apenas se le anunció la visita, apareció la pianista enorme y roja, metida en un peinador japonés.

—¡Usted!... ¿Es usted?... ¡Qué generosidad!

Sofía Verneuil no era tonta, y tenía continuamente necesidad de dinero, pues vivía en una completa bohemia, según probaba su mugrienta casa. La marcha de su hija la había irritado, porque agotaba la fuente de sus recursos. Así que su alegría fué sincera al ver á Laura en su salón, en que la hizo tomar asiento en un gran sofá forrado con una manta usada de Arlés, entre un armario normando y una mesita de madera noruega que contenía algunos paquetes de pitillos, y que olía á sudor, á tabaco y á patcholí.

Ninguna de las dos se sentía cohibida, pero no sabiendo como empezar la conversación, cuando menos inútil, cumplieron esta formalidad apresuradamente. La madre de María tenía sus delgados labios secos. Los de la madre de Juana eran gruesos y estaban húmedos. Las dos pensaron que sería mejor no llorar desde luego.

—¡Ah, mi pobre amiga, que cosa tan estúpida!...

Sofía se sintió satisfecha de haber encontrado este calificativo indeciso, que no la comprometía. Abrió sus ojos cuanto pudo, sus ojos rodeados de una sombra hecha á lápiz, y pasó una mano cubierta de gruesas sortijas por sus mejillas llenas de